

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II

NOVIEMBRE 30 DE 1925

NÚM. 9

Enrique Molina.

José Ingenieros

 L señor D. Luis W. Gómez, Presidente de la Asociación General de Profesores de Chile.—Me ha hecho usted el honor de pedirme que le envíe un artículo para insertarlo en la publicación que la Asociación General de Profesores de Chile prepara en homenaje a la memoria de José Ingenieros, fallecido hace poco casi repentinamente en Buenos Aires.

¡Qué merecido homenaje y qué noble actitud de la Asociación, digna de toda loa!

Nada correspondería mejor al estado íntimo de mi alma que colaborar en la forma que usted me propone. Sacudidos mis sentimientos por la desgracia que lamentamos tienden a expresarse de alguna manera. Pero mi mala suerte quiere que no me encuentre preparado para escribir un estudio o un artículo sobre Ingenieros y su obra. De modo que la expansión que

usted me ofrece y que le agradezco vivamente daré salida sólo en forma de las líneas de esta carta deshilvanada y sin pretensiones.

Ha quedado mi espíritu abismado ante la muerte del amigo, del pensador, del filósofo, del hombre de ciencia, del luchador y trabajador infatigable.

La muerte es en casos como este guillotina invisible, que hace un tajo irreparable en la fluencia clara de nuestra vida consciente. Nada más natural que la muerte en cuanto fenómeno biológico. Nada más difícil de encontrarle encaje en general como hecho de que la conciencia tenga que darse cuenta, explicarse y aceptar. En este sentido somos de una incomprensión radical y más cuando se arrebató a la vida un ser en toda la lozanía de sus fuerzas. La muerte nos encoge, nos abruma, nos aplasta con el golpe de su maza tenebrosa, con la rudeza de su tiranía ciega, implacable, inapelable, desesperante, absoluta. Nos sentimos vivir, pero dejamos de discurrir. La razón se achica y el hado se agiganta. La corriente de sentimientos que el ser que hemos perdido, ser amado o admirado, imantaba con su existencia se ve detenida, cortada bruscamente y esta contrariedad nos ahoga. El pobre corazón vive de un flúido sentimental que lo envuelve y de la luz que las vibraciones de este flúido proyectan en el mundo. La muerte lo deja en el vacío y a oscuras. El pobre corazón pierde su ritmo habitual y en su dolor hay el atisbo de una nueva muerte, de su propia muerte.

El fallecimiento de un hombre como José Ingenieros significa aún mucho más que esto. Ingenieros ha desaparecido en la plenitud de su madurez fecunda y potente después de haber alcanzado a realizar una labor inmensa. Pero ¡cuánto se podía esperar todavía de él!

El desconsuelo es el estado del alma ante la pérdida tan prematura, tan brusca e inesperada de una inteligencia como la de Ingenieros, cumbre orientadora para la cultura hispano-americana.

La limitación de nuestras facultades espirituales no nos per-

mirará medir prontamente las proyecciones que la extinción del pensador argentino tendrá en nuestro continente y fuera de él, en el alma de su patria y de nuestra raza a través del tiempo.

Y aquí podemos observar un maravilloso viraje. Podemos observar cómo el espíritu, al meditar sobre la muerte de un grande hombre, presto torna su atención en un sentido diametralmente opuesto y se polariza hacia la consideración de alguna forma de inmortalidad. La vida, que es no sólo la antítesis conceptual de la muerte, sino su antítesis militante y combativa, triunfa de ella arrojando al porvenir el torrente de la supervivencia de los hombres creadores en sus obras.

Ingenieros era médico especialista en enfermedades nerviosas y vivía del ejercicio de su profesión. «En la Universidad—dice él mismo en una de sus obras— he cursado simultáneamente dos carreras que me permitieron adquirir nociones de ciencias físico-naturales y de ciencias médico-biológicas; vocacionalmente cultivé las ciencias sociales y no fui indiferente a las letras. Especialicé luego mis estudios en patología nerviosa y mental, vinculándome a su enseñanza en la Facultad de Medicina (1900-1905); pasé naturalmente a la cátedra de Psicología de la facultad de Filosofía y Letras (1908-1911), extendiendo mis programas a la ética, la lógica y la estética, que siempre consideré como «ciencias psicológicas». Desde 1911 he procurado entender la historia de la filosofía; sólo ahora, en 1918 me atrevo a emitir una opinión sobre asuntos filosóficos» (Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía, Pág. 10).

Según me parece, desde buen número de años no desempeñaba ningún cargo público.

El tiempo que robaba a sus actividades profesionales lo dedicaba a una labor intelectual científica y filosófica, intensa y de vastas proporciones.

Escribió una cantidad de obras a las cuales debe haber sido conducido por su propia especialización médica, que le ofrecía una sólida preparación básica en la materia. Tales son «Histeria y sugestión», «Psicopatología en el arte», «Simulación de la locura», «Simulación en la lucha por la vida».

De estos estudios pasó a otros de campos afines y escribió «Criminología» y «Principios de Psicología». En concepto del mismo Ingenieros esta era la mejor de sus obras, «la menos mala», como él decía.

Parece que este juicio de autocrítica ha sido bastante acertado. Los «Principios de Psicología» figuran entre los libros de nuestro autor que gozan de más bien cimentada reputación. Visitando hace pocos años la Universidad de Cornell pregunté al profesor de filosofía que me acompañaba cual sería en su opinión el más recomendable de los textos americanos sobre psicología. «Por mi parte, me respondió, prefiero a todos los libros americanos la obra de José Ingenieros». Para apreciar la magnitud de esta alabanza es menester tomar en cuenta que la psicología se cultiva con gran intensidad en los Estados Unidos y que se han publicado excelentes obras sobre esta ciencia.

Pero su asombrosa actividad llevó a Ingenieros a explorar otras esferas que se encontraban más distantes de sus orientaciones profesionales y se adentró en los problemas de la historia de la sociología, de la moral y de la filosofía. En estos terrenos escribió «La Evolución de las ideas argentinas», «Sociología argentina», «El hombre mediocre», «Hacia una moral sin dogmas», «Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía».

Como si esto no fuera bastante, fundó y sostuvo la *Revista de Filosofía*, única en su género publicada hasta ahora en lengua española. Número a número salía un artículo suyo, artículos vibrantes, valientes, batalladores a veces, henchidos de un confiado dinamismo. Fueron notables los que dedicara a la reforma educacional en Rusia, al concepto de Universidad y a la psicología del amor.

Tenía además Ingenieros parte principal en la dirección del periódico *Renovación*, brillante órgano de los elementos juveniles avanzados de la metrópoli argentina.

Fué objeto de no pocas críticas nuestro pensador. ¿Cómo ha-

bría podido librarse de ellas un hombre de actuación tan destacada como la suya?

Se le tildaba de superficial. Sus obras revelarían precipitación, falta de estudio y de observación suficiente y de madura reflexión. Tal vez en algunas se nota que se dejó dominar por el acicate de la finalidad reformadora e idealista que reclama una pronta realización y no permite gastar tiempo en detenidas meditaciones. Me parece que en este caso se halla su *Criminología*.

Se le ha censurado su ardiente propaganda revolucionaria hecha con motivo de la revolución rusa. Nosotros mismos lo criticamos al respecto en una conferencia dada a los estudiantes.

Entre los elementos universitarios oficiales no gozaba de favor Ingenieros como tampoco entre los que hacen alarde de atildamiento, de cultura reposada y serena y que militan en lo que podríamos llamar la *intelectualidad bien*. Es natural que esto haya ocurrido en una época como la nuestra, de filosofía intuicionista que se diluye en contornos y matices vagos y confusos. Y es más natural aún que aquellos señores no pudieran avenirse con un escritor que los llamara continuamente «hipócritas» y que afirmara que las dificultades y confusiones de los sistemas filosóficos no han provenido más que de la hipocresía de los filósofos que se han puesto a hacer piruetas dialécticas y han incurrido en contradicciones para dejar a salvo las creencias vulgares, las «mentiras vitales» de su tiempo. Ingenieros carecía de la solemnidad, de la vaguedad y de la ordinaria falta de claridad de los filósofos profesionales. Como hombre de ciencia era en lo esencial positivista y evolucionista y no ha sido más que una consecuencia lógica que estas actitudes de su espíritu formaran como el sistema arterial de sus escritos filosóficos. Sin embargo no era ni podía ser un positivista comtiano ni un evolucionista spenceriano. Conforme a las más recientes tendencias de nuestros días no negaba la posibilidad de la metafísica como lo hicieran Comte y Spencer y no concebía la filosofía cual simple coronación del edificio de las ciencias. Al contrario. Segregadas las disciplinas que integraran antes casi en su totalidad el cuerpo de la filosofía y constituidas en las

ciencias especiales de la lógica, la psicología, la moral y la estética, la filosofía no tendría otro campo que labrar que el de la metafísica. Así lo afirma nuestro filósofo en uno de sus últimos libros, el intitulado «Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía». Según él, la metafísica no es tampoco ociosa divagación sobre problemas imaginarios. Muy lejos de esto. Los problemas metafísicos nos obsesionan. Comienzan ahí donde se extingue la limitada luz experimental de las ciencias. Desde el denso círculo de sombras que más allá de esa luz nos envuelve saltan las angustiadas interrogaciones sobre el sentido de esta vida, sobre la posible existencia de ultratumba, sobre el origen del mundo. Filosofar es formular hipótesis sobre estas cuestiones inexperienciales, hipótesis que para ser legítimas deben ir tomando en cuenta todos los adelantos de las ciencias.

Las *Proposiciones* de Ingenieros, salvo cierto carácter de escrito de polémica y un si es no es de panfleto que se suele traslucir en sus páginas, forman quizá uno de los pocos libros de verdadera filosofía que se hayan escrito en la América Española.

Pero Ingenieros no pierde jamás su carácter de apóstol del progreso, otro rasgo que no le perdona el diletantismo escéptico; no pierde su fe meliorista, que es tan propia del positivismo reformado de los sociólogos contemporáneos.

Así, termina su obra con las siguientes palabras:

«Permitidme, señores académicos, que me anticipe a la hora temida y exprese mi fe optimista en la incesante perfectibilidad humana. Como hombre, creo que la humanidad futura será mejor que la actual, por la extensión de la Justicia entre las naciones; como argentino, creo que la nacionalidad futura será más grande, por el incremento de la Solidaridad entre sus clases; como profesor, creo que las universidades tendrán un más libre empeño en las investigaciones de la verdad; como padre, creo que nuestros hijos vivirán en un medio social más propicio al florecimiento de la Virtud.

Y a los jóvenes, que son la esperanza de la humanidad, de

las patrias, de la cultura, de los hogares, creo deber decirles la última y más sincera palabra de mi juventud no estéril:

Respetad el pasado en la justa medida de sus méritos, pero no lo confundáis con el presente ni busquéis en él los ideales del porvenir: no es verdad que *todo tiempo pasado fué mejor*. Mirad siempre adelante, aunque os equivoquéis; más vale para la humanidad equivocarse en una visión de aurora que acertar en un responso de crepúsculo. Y no dudéis que otros, después, siempre, mirarán más lejos; para servir a la humanidad, a su patria, a su escuela, a sus hijos, es necesario creer firmemente que *todo tiempo futuro será mejor*.

En estas líneas se acentúan algunos de los rasgos esenciales de la personalidad de Ingenieros: su optimismo y su dinamismo. Recordemos, para completar el esbozo, su amor y devoción a los ideales ibero americanos que lo hicieron, al lado de Alfredo Palacios, Manuel Ugarte, Ricardo Rojas y José Vasconcelos, enemigo declarado del imperialismo yanqui.

Le manifestaba yo este mismo año mi admiración por todo lo que podía hacer y me dió a conocer la distribución que efectuaba de su tiempo, que implicaba un trabajo abrumador para cualquier hombre. De dos a siete atendía su consulta. Se iba a su casa y, tras un breve reposo después de comida, trabajaba hasta el amanecer. Se entregaba en seguida al sueño hasta medio día. Me alabó la excelencia de las horas de la noche para leer, meditar y escribir. ¡Qué serenas y plácidas eran! Para justificar la enorme tensión a que se sometía agregó: «Es menester trabajar, mi amigo, es menester luchar para mantenerse.» Y este mantenerse envolvía sin duda un doble significado material y espiritual.

Ya hemos visto que algo de criticable hay en la obra de Ingenieros; pero, ¿qué pueden pesar al frente del rico acervo de valores positivos que él representa las críticas de los refinados impotentes y de los descontentadizos abúlicos?

Me pregunta usted cuál cabe que sea la actitud de la juventud o intelectuales chilenos frente a la obra del maestro argentino.

Pienso que no puede ser otra que la de ver en él un exponente superior de idealismo, de actividad, de fecundidad espiritual, de sinceridad y amor a la raza, raros en la América Española, y dignos de eterno recuerdo y veneración.